



Promesas DE NAVIDAD

OLIVIA NESS

Título original: Promesas de Navidad.

Primera edición: noviembre 2024.

©2024, Olivia Ness.

Diseño de cubierta: Olivia Ness

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio o procedimiento sin permiso escrito de la autora. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <https://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso de la autora.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia y sin intención alguna de plagio.

Promesas de Navidad

Olivia Ness

Guillem miró la fachada envejecida de la casa de su abuela, sintiendo el eco de un pasado que había dejado atrás hacía tanto tiempo que casi parecía un sueño. Habían pasado cinco años desde la última vez que estuvo en Valencia en Navidad. Cinco años desde aquella despedida en el aeropuerto, cuando su madre lo había abrazado llorando y su abuela le había dicho, con su típica sonrisa llena de fuerza, que siempre habría una habitación para él en casa.

Pero su abuela ya no estaba. Su muerte, unas semanas antes, fue el motivo que lo trajo de regreso. Había recibido la noticia en su pequeño apartamento en Lyon, una ciudad que siempre sintió fría e indiferente pese a sus intentos de llamarla "hogar". Con su abuela se había ido también una parte de él mismo, un ancla que lo había mantenido, aunque fuera en la distancia, vinculado a Valencia y a aquel barrio de calles estrechas, repletas del olor a azahar que florecía cada primavera.

Subió por la escalera, quebrando su entereza peldaño a peldaño. Suspiró, abriendo la puerta con las viejas llaves. La casa estaba llena de recuerdos: las paredes con fotos enmarcadas de todos los nietos, los muebles de madera desgastados por el tiempo, y el aire ligeramente perfumado a la colonia que su abuela utilizaba en cada prenda. Todo le resultaba familiar y, al mismo tiempo, dolorosamente ajeno.

Guillem había venido para ocuparse de los asuntos de la herencia y cerrar la casa, aunque aún no estaba seguro de ser capaz de hacerlo. Cada vez que veía una de las fotos en la pared —la suya con uniforme escolar, la boda de sus padres, las primeras comuniones de sus primos—, sentía una punzada de nostalgia que le hacía dudar de si quedarse. Pero él había construido su vida en Francia, donde trabajaba como ingeniero en

una empresa que le había ofrecido estabilidad y oportunidades que, en su momento, no encontró en España.

Sacudió la cabeza, intentando dejar a un lado la melancolía. Necesitaba distraerse, tomar aire y recordar por qué estar en Valencia lo hacía sentir en casa. Cerró la puerta y decidió salir a caminar por el barrio. Al fin y al cabo, era diciembre, y Valencia, en Navidad, tenía algo especial. Las calles empezaban a iluminarse con guirnaldas doradas y verdes, y los vecinos colgaban decoraciones en sus balcones.

No había dado ni veinte pasos cuando la reconoció. Allí estaba ella, en la plaza pequeña frente al que había sido su colegio, hablando con un grupo de niños que reían y correteaban a su alrededor. Aitana. La que fue su mejor amiga durante su infancia, su confidente de adolescencia y, en algún rincón de su memoria, la persona que dejó una huella que nunca había podido borrar del todo.

No había cambiado mucho, aunque sus rasgos ahora tenían una madurez que la hacía aún más hermosa. Su cabello oscuro caía suelto sobre los hombros, y sus ojos brillaban con esa misma calidez que él recordaba. Parecía contenta, radiante, mientras escuchaba con atención a los niños y jugaba con ellos. Guillem sonrió, recordando cuánto le gustaba esa sonrisa que parecía capaz de iluminar cualquier lugar, incluso en una fría tarde de invierno.

Decidió acercarse, aunque no estaba seguro de qué decir. Después de todo, cinco años eran mucho tiempo, y, además, no sabía si ella querría verlo o si aún lo recordaba con el mismo cariño de antaño. Cuando estaba a pocos pasos, uno de los niños lo notó y lo señaló con curiosidad, y Aitana levantó la vista, encontrándose de repente con sus ojos.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Aitana abrió los labios, sorprendida, y luego su expresión cambió a una mezcla de incredulidad y alegría.

—Guillem... —murmuró, con una sonrisa.

—Hola, Aitana —respondió él, sintiendo que cada paso que había dado en los últimos años lo había traído, inevitablemente, de vuelta a este momento.

Aitana se acercó, y antes de que él pudiera decir algo más, lo abrazó con fuerza, como si quisiera asegurarse de que era real. Él notó el calor de sus brazos y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que realmente había vuelto a casa.

—Pensé que no volvería a verte nunca —dijo ella, apartándose un poco para mirarlo a los ojos.

Guillem sonrió, apretando los labios con una mezcla de culpa y nostalgia.

Ambos se quedaron en silencio, sintiendo que las palabras sobraban en ese instante. Detrás de ellos, los niños seguían riendo, y el sonido llenaba la plaza con una alegría que contrastaba con la melancolía del reencuentro. El invierno valenciano los envolvía, templado y familiar, mientras ellos redescubrían todo lo que había quedado pendiente entre ellos.

Al día siguiente, Guillem volvió al colegio a media tarde. Aitana le había dicho que trabajaba allí y lo había invitado para ayudar a ultimar los preparativos de la función navideña, y aunque él no estaba seguro de encajar allí, la curiosidad y la nostalgia lo empujaron a aceptar. Caminaba con las manos en los bolsillos, observando los edificios familiares, los balcones adornados con luces y guirnaldas. Había algo en esas calles que, por más que intentara olvidarlo, le recordaba quién era y de dónde venía.

Cuando llegó, la puerta del colegio estaba abierta y el sonido de villancicos llenaba el aire. Aitana lo esperaba en el patio, en medio de una escena caótica repleta de niños pequeños correteando y cargando adornos para el escenario improvisado. Ella sonreía, dándole indicaciones a cada niño y colgando una guirnalda aquí y allá, como si pudiera hacer todo a la vez sin esfuerzo.

—No te veo muy navideño —bromeó cuando él se acercó, señalando su chaqueta oscura y su expresión seria.

—Nunca he sido muy de villancicos —respondió, fingiendo fruncir el ceño.

Aitana soltó una risa suave y le pasó una caja llena de pequeñas luces que parecían necesitar urgentemente de un par de manos extras.

—Bien, entonces, el Grinch en persona tiene una misión especial —dijo, haciendo una mueca juguetona—. Es solo colocar estas luces. Los niños quieren que el árbol de Navidad del patio brille hasta verse desde el otro lado del barrio.

Guillem se rio, aceptando la caja y el reto, y subiendo una pequeña escalera para empezar a colocar las luces. Desde su posición, podía observar a Aitana en el patio, ayudando a los niños a organizarse en el escenario. Parecía natural para ella; se veía feliz

y relajada, como si su trabajo y el cariño de los niños fueran todo lo que necesitaba. La admiró en silencio, recordando que siempre había sido la persona más generosa y entregada que él había conocido.

Pasaron la tarde entre bromas y conversaciones, repasando historias de su infancia, de las travesuras que habían hecho en aquel mismo colegio. Aitana recordaba detalles que Guillem ya había olvidado: cómo él había sido el encargado de montar los decorados del pesebre en quinto de primaria, o la vez que ambos se escaparon para comprar churros y luego mintieron sobre haberse perdido.

—¿Te acuerdas de aquella Navidad? —preguntó Aitana mientras enrollaba otra guirnalda de luces en una rama del árbol. Guillem asintió.

—Claro, y de que mi abuela me castigó por mentirle, también. Estaba tan furiosa... —dijo, riéndose.

—No fuiste el único. A mí también me castigaron... aunque nunca te lo dije —confesó, con una sonrisa traviesa.

Ambos se miraron, y durante unos segundos el tiempo pareció detenerse de nuevo. Pero antes de que pudieran decir algo más, uno de los niños los interrumpió para mostrarles un adorno hecho a mano.

Al caer la noche, la decoración estaba lista. El árbol brillaba con las luces que Guillem había colocado, y el patio parecía un pequeño mundo encantado. Cuando los niños comenzaron a irse con sus padres, Aitana y Guillem se quedaron un rato más en el patio. Había un silencio tranquilo, roto solo por el eco de las risas que aún parecían flotar en el aire.

—Gracias por venir, Guillem. De verdad. No sabía si aceptarías, y, sin tu ayuda, no podría haber decorado todo a tiempo —dijo Aitana, mirándolo con una mezcla de cariño y nostalgia.

Él asintió, sin saber muy bien qué decir. Había evitado el contacto con su pasado durante tantos años que ahora le costaba procesar todas las emociones que aquel reencuentro le provocaba. Aitana le invitó a la función navideña que tendría lugar al día siguiente.

La tarde de la función llegó, y el colegio estaba abarrotado. Padres, abuelos y vecinos llenaban el patio, todos con abrigos gruesos y sonrisas de expectación. Guillem ayudaba a Aitana a ultimar los detalles. Entre luces, villancicos y la emoción que flotaba en el aire, ambos parecían ajenos a la multitud, moviéndose en perfecta sintonía. Era como si los años de separación nunca hubieran existido, como si todo en ellos recordara exactamente cómo estar juntos.

Aitana, ocupada en darle las últimas instrucciones a los niños, levantaba la vista de vez en cuando, buscando a Guillem entre la gente y dándose cuenta de que él siempre estaba allí, ayudándola sin que ella tuviera que pedirle nada. Él, por su parte, no podía evitar mirarla cada vez que ella le sonreía. Había algo en esa sonrisa que ahora le parecía más clara, como una promesa que él deseaba cumplir.

Finalmente, los niños subieron al escenario y comenzaron a cantar. Las voces infantiles llenaron el patio, y los ojos de los padres brillaban de emoción mientras tarareaban las canciones navideñas. Guillem, entre la gente, sintió cómo una profunda calidez lo invadió al escuchar los villancicos. Estar allí, bajo el árbol de Navidad iluminado, rodeado de personas en un lugar que siempre había sido parte de su vida, lo hacía sentir como si finalmente hubiese encontrado su lugar en el mundo.

Aitana se acercó a él después de la actuación, aún con esa sonrisa radiante.

—Gracias por ayudarme hoy —dijo, alzando la vista hacia él, quien le devolvió una sonrisa.

—Ha sido fácil. Creo que tu entusiasmo es contagioso —respondió, mirándola con ternura.

Hubo un instante de silencio, una pausa en la que sus miradas se encontraron, y ninguno de los dos supo qué decir. A su alrededor, la gente empezaba a dispersarse, y el patio iba quedando en silencio, mientras las luces del árbol de Navidad parpadeaban en la noche.

—¿Y tú? —preguntó, desviando la conversación hacia ella—. ¿Estás contenta aquí? Quiero decir, ¿te gusta trabajar en el colegio donde estudiamos?

Aitana lo miró y asintió lentamente.

—Sí. La verdad es que, después de pasar algunos años en otros colegios, volví para pedir unos certificados de mis notas y me di cuenta de que aquí es donde quería estar. —Sus ojos brillaron con un destello de emoción—. Hay algo en este lugar que me hace sentir... en paz. No sé, como si tuviera una razón para seguir aquí.

La frase lo hizo reflexionar. Valencia era su hogar y, sin embargo, había pasado años convenciéndose de que no pertenecía allí, que la ciudad era demasiado pequeña para él y estaba demasiado repleta de recuerdos.

Esa noche, antes de despedirse, Guillem la acompañó hasta su casa, que estaba a pocas calles del colegio. Aitana llevaba las manos en los bolsillos y miraba las luces parpadeantes que decoraban las ventanas. Él, a su lado, sentía que algo nuevo nacía entre ellos, como si ese reencuentro les hubiera dado una oportunidad para cerrar las heridas y abrirse a una historia distinta, pero cuando llegaron a la puerta, ambos dudaron, como si supieran que decir adiós ahora significaba volver a sus propias vidas, separadas por tantos años y decisiones.

—Gracias por ayudarme tanto estos días —dijo Aitana, rompiendo el silencio.

Guillem sonrió y se encogió de hombros.

—Ha sido un placer. La verdad, no pensé que me fuera a gustar tanto volver a estar aquí, contigo, haciendo algo tan... familiar.

Aitana lo miró, sus ojos reflejaban la nostalgia de los años perdidos. Aún recordaba lo que ambos soñaban de jóvenes, y cómo él siempre hablaba de salir a explorar el mundo.

—Sabes, Guillem, nunca te dije que... bueno, que siempre te envidié un poco, por tener el valor de irte, de perseguir tus sueños.

Guillem la miró, sorprendido.

—¿En serio? Yo siempre pensé que estaba huyendo de algo. No sé... quizá tenía miedo de no encajar aquí, de que esta vida no fuera suficiente. —Se quedó callado un momento, antes de mirarla a los ojos—. Pero ahora, al estar aquí, me doy cuenta de que tal vez me equivoqué.

El silencio entre ellos se hizo profundo. Aitana bajó la vista, como si las palabras de él la dejaran expuesta. Entonces, con un tono apenas audible, susurró:

—A veces no hace falta irse tan lejos para encontrar lo que uno busca.

Ambos continuaron en silencio, compartiendo una mirada que lo decía todo. Aitana dudó, como si quisiera decir algo más, pero en lugar de eso solo sonrió tímidamente.

—Buenas noches, Guillem.

—Buenas noches, Aitana —respondió él, quedándose unos segundos más en la puerta, como si le costara despedirse.

Durante los días siguientes, los encuentros entre ellos se hicieron naturales. Quedaban en el barrio para pasear o tomaban un café en un pequeño local cercano al colegio. Había en esos momentos una calma que los envolvía, un sentimiento de que estaban construyendo algo nuevo y precioso. La ciudad, con sus calles decoradas y sus olores familiares, parecía un refugio donde los dos podían sentirse ellos mismos sin tener que rendir cuentas a nadie más.

Una tarde, mientras paseaban junto al antiguo mercado y compraban turronec en uno de los puestos, Guillem se atrevió a preguntar:

—¿Alguna vez pensaste en salir de aquí?

Aitana suspiró, mirándolo como si la pregunta fuera más profunda de lo que él creía.

—Claro que sí. Creo que todos lo pensamos en algún momento. —Hizo una pausa, pensativa—. Pero con el tiempo comprendí que mi lugar estaba aquí. Y que, por más que me costara aceptarlo, a veces uno no necesita escapar para encontrar su sitio.

Guillem asintió, comprendiendo las implicaciones de sus palabras. La idea de quedarse había comenzado a rondar su mente desde su regreso, pero cada conversación con Aitana y cada paseo juntos lo acercaban un poco más a la posibilidad de que, quizá, quedarse no fuera una rendición, sino una elección.

Con el paso de los días, Guillem sintió que el peso de su vida en Francia empezaba a desvanecerse. Los compromisos, los proyectos, el trabajo estable... todo parecía menos importante cuando veía a Aitana, sonriendo a los niños, o cuando ambos paseaban sin más preocupación que disfrutar el presente.

La tarde de Nochebuena, Guillem llamó a Aitana. Quería verla, pasar al menos un rato con ella antes de que ambos cenasen con sus respectivas familias. Aitana aceptó y acordaron encontrarse en la plaza del Ayuntamiento, que cada año decoraban con un gran árbol de Navidad. La plaza estaba invadida de luces blancas, y unos villancicos llenaban el ambiente de magia.

Aitana llegó puntual, envuelta en un abrigo rojo que resaltaba bajo las luces. Guillem, al verla, sintió cómo una ola de emoción lo inundaba. Nunca antes había sentido tanta paz, y entendió en ese instante que su hogar estaba allí, a su lado.

—¿Te gusta cómo han decorado la plaza? Hace algún tiempo que cambiaron las luces antiguas y pusieron estas tan bonitas —preguntó Aitana.

—Me encanta —dijo, mirándola con intensidad—. No me importaría verlas todos los años. Creo que es la primera Navidad en mucho tiempo en la que realmente siento que estoy donde quiero estar.

Aitana sonrió, bajando la vista con cierto nerviosismo. No necesitaban decir mucho más; ambos sabían lo que sentían. Sin embargo, había en el aire un deseo de hacer esa noche especial, de expresar lo que tanto habían guardado.

—Aitana, he pensado en todo esto, en lo que ha sido volver, y en que he estado escapando demasiado tiempo. Tú tenías razón; no hace falta irse lejos para encontrar lo que uno necesita.

Ella lo miró, sus ojos brillando de emoción.

—Yo también he pensado mucho, Guillem. —Dio un paso hacia él, tomando su mano con delicadeza—. No creí que volver a verte me traería tantos recuerdos, tantas emociones... y, sin embargo, aquí estamos.

Se miraron en silencio, y en ese instante todo a su alrededor se desvaneció. Las luces, el bullicio, la ciudad... todo se difuminó. Solo existían ellos dos, en medio de una plaza que parecía haberse detenido en el tiempo para dejarles vivir ese instante.

Sin dudarlo más, Guillem la atrajo hacia él y la besó, suave, dulce, con la ternura y la pasión acumuladas durante tantos años. Aitana respondió al beso, dejando que el amor que había sentido por él desde siempre fluyera sin reservas. Bajo el árbol de Navidad

iluminado, compartieron un beso que sellaba todas las promesas de amor, de un nuevo comienzo, de una vida juntos.

Cuando se separaron, ambos sonreían. El frío de la noche parecía haberse disipado, y lo único que importaba era la calidez de estar juntos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aitana, aún aferrada a él.

—Ahora... creo que me gustaría hacer de Valencia mi hogar. —Guillem acarició su mejilla, mirándola con cariño—. No sé cómo serán los próximos pasos, pero sé que quiero darlos contigo.

Aitana asintió, con una expresión de felicidad en el rostro.

—Aquí está tu hogar, Guillem. Siempre ha estado aquí, esperándote, solo faltabas tú.

Ambos rieron y, tomados de la mano, continuaron su paseo por la ciudad, hablando del futuro, de los sueños y de los pequeños momentos que querían compartir. La ciudad les abrió sus puertas, y ellos, con el corazón rebosante de alegría, se acercaban a su nueva vida juntos.